



Espantajos

Por Zamira Ramírez Angulo
Estudiante Escuela de Comunicación social y periodismo
Universidad Sergio Arboleda Santa Marta

Como todas las mañanas, el olor del café traído por el indio Guaco exacerbaba el anuncio matutino de los gallos de Rafael Emilio, al otro extremo del campo donde los niños insistían en ser jugadores de fútbol.

Eran tiempos difíciles, las mujeres habían envejecido y sus hijos, una vez concluían el bachillerato en el único colegio del pueblo, marchaban a Barranquilla a cursar una carrera y se quedaban viviendo allí. Los hombres como yo, a pesar de los achaques de la vejez, seguíamos al frente en las labores en las fincas bananeras y en las nuevas tierras donde habían sembrado la palma de aceite.

A falta de la luz del sol, en la trocha, solo se lograba divisar el amarillo irritante de las botas de caucho que los trabajadores seguía usando para proteger sus pies de las serpientes y la pringamoza.

Unos metros después, una tercera voz anunciaba que estaba cerca el caballero de la armadura de plátano. El espantapájaros había sido hecho por un niño a la entrada de la finca como parte de cierta jovialidad y el muñeco, a pesar de los vientos y la intemperie, mantenía alguna gracia.

Mi jornada culminó sin contratiempos ni novedades: muy poca emoción me producía el afán del patrón de seguir tecnificando hasta el lavado mismo del guineo.

En mi niñez, mi padre decía que los jinetes no necesitaban silla y, por eso, a todos nos enseñó a montar a pelo. Un impulso me incitaba a auxiliar al caballo del capataz que se quejaba de la incómoda silla de cuero que ahora colgaba de su lomo, un aparato a mi parecer innecesario, pero similar



Espantajos. Ilustración de Dannesa Camacho Iglesias.

al de las culpas que todos cargamos a diario y nos asfixian sin remedio.

Emprendí mi ruta habitual, 'María del Tránsito, María del Tránsito' resonaba en mi cabeza, un cantico infernal producto del sentimiento de culpa o de las hojas de coca que Guaco me había invitado a masticar en el camino de regreso al pueblo.

María había muerto; sin ella los arreboles perfectos que divisábamos en nuestros años felices, muy cerca de la acequia, carecían ya de significado.

Al regresar a casa, moví un poco los toldillos de las ventanas para que no entraran los mosquitos, o cualquier otro animal pernicioso, propio de las cercanías al río. Me dije: es viernes y, como si mi anuncio fuese mandato divino, el estruendo de la música enmudeció cualquier comentario a lo largo de la calle. La gallera había abierto minutos antes. Los borrachos y buscapleitos pronto aparecerían.

Tomé lo que quedaba de cada botella de alcohol del viejo escarapate, hice una mezcla de ron, whisky, vodka y ginebra seca, la favorita de María en las noches de sofocos.

Volví a verme en la tarde a oscuras de la sala cuando me descubrió en las faldas de Asunción Silveira, prima lejana de mi madre y con quien había mantenido amoríos a escondidas de la familia.

María fue el amor de mi vida, pero la vida no nos alcanzó para estar juntos y a mí tampoco para desprenderme de Asunción.

El mal estado de la vía hizo que un remolino de tierra obstruyera la visión de aquella moto de borrachos que, sin luces ni cascos, atropelló a María al salir huyendo de la sala hacia la casa de su madre. La muerte fue instantánea, y a mí me tomó con los pantalones abajo.

Un ruido en el cielo del patio me hizo levantar del mecedor, era la pavita de la muerte: un ave muy común de la región que con su canto dulzón, triste y grave nos ha traído muchas desgracias. Esta vez yo no pondría incienso en el bolsillo izquierdo de mi pantalón ni me cruzaría las cangrejeras en los pies; a mis años también el anuncio de la pavita me llegaba tarde.

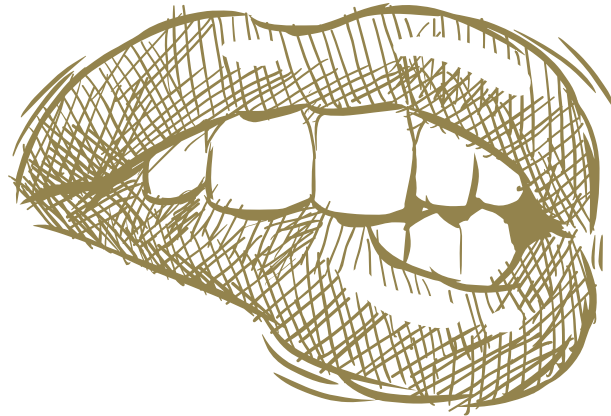


Espantajos

Por Zamira Ramirez Angulo

Espantajos

Por Zamira Ramirez Angulo



Al amanecer, los hombres, a causa de la juma o el mal resultado de sus apuestas, lamentarían las decisiones precipitadas. De la gallera me llegó el cacaraqueo de los gallos y el bullicio de los galleros enardecidos en las gradas. Algunos de esos animales harían parte del sancocho de la mañana. Me toqué el cuello y pensé en el crujido de la cuerda al recibir el peso de mi cuerpo. Gallina, dirían algunos, queriendo ignorar que siempre fui un gallo basto.

El alcohol me hizo preguntar una vez más por qué lo hacía. Dos golpes hicieron temblar la puerta y dos hombres irrumpieron en el temblor de mi agotamiento. Nada le dije.

Los golpes no tardaron en llegar. No eran amigos, no eran conocidos siquiera, pero sí que tenían motivos para patearme. Cuando el escándalo de Asunción Silveira se supo en el pueblo, tardó muy poco tiempo en llegar a oídos de su exmarido, que se escondía en el monte después de la masacre de Soplador. Me dieron a fondo, sin compasión, en las costillas, en las piernas y los brazos.

Ese día, mi cuerpo no murió, pero sí terminó de morir mi alma, que hacía mucho que pertenecía a un lugar muy oscuro. ■